

nos ocultará en parte el pensamiento y el alma del autor, á la cual sólo podrá llegar quien teniendo conocimiento del idioma en que ha escrito el poeta, ve el espíritu de éste al través de sus propias palabras.

Si conociéramos el Ruso, y leyéramos en este idioma la obra inmortal del Quijote, difícilmente reconoceríamos al ingenioso Hidalgo y á su creador inmortal Miguel de Cervantes.

Tengo para mí que las producciones traducidas son como tenue sombra de las obras originales.

Suprimida la enseñanza del Latín, muy pocos se cuidarán de conocer los clásicos latinos, pues de ordinario lo que no se aprende en la Escuela, no se estudia fuera de ella, y probablemente esos pocos se servirían del francés, más bien que del castellano, resultando así el original dos veces desfigurado.

Pero concedamos que el lector se atiene á buenas versiones castellanas; ni aun así podrá ufanarse de conocer la literatura latina y de poder apreciar sus bellezas. Con notable exactitud ha dicho algún distinguido escritor francés que quien lee traducciones del griego y del latín se asemeja al que visita un museo; el que traduce directamente hace un poco más: copia los cuadros.

Hasta aquí he considerado el conocimiento de la lengua y literatura latinas, como medio de educación intelectual y de cultura estética; como exigencia de la educación evolucionista del espíritu humano; como necesidad que resulta de nuestros hábitos, tendencias y aficiones; de nuestras aptitudes, de nuestra vocación

al arte por amor á la belleza, en una palabra, de nuestra evolución nacional.

Hemos visto en la lengua latina uno de los medios más adecuados para expresar y transmitir los diversos estados del espíritu humano y un poderoso instrumento para revelar grandes ideales y maravillosas concepciones poéticas.

Toca ahora considerarla como un organismo que da vida á otros idiomas, y entre ellos á nuestra hermosa lengua castellana.

El idioma cuya enseñanza defiende, “comenzó á vivir en el Lacio, á lo largo del mar Tirreno, en la orilla izquierda del Tíber, entre el Apenino y los montes Albanos. Cobra después vigor, y absorbe á diversos dialectos itálicos, domina en la Italia central, en la meridional y en la septentrional; se difunde por la Galia, la España, la Alemania y la Dacia; llega á las comarcas civilizadas del África septentrional y del Asia, y los predicadores del Evangelio, los mensajeros de la Buena Nueva, lo llevan hasta los últimos confines de la Tierra.”

En esta serie no interrumpida de gloriosas conquistas se pone en contacto con las lenguas teutónicas, y si no las vence, porque no logra arrebatarles su sintaxis, sí reciben de ella gran parte de su Diccionario; de esto es prueba y ejemplo la lengua inglesa que cuenta muchos miles de voces de procedencia latina. De esta suerte, como dice por elocuente manera el insigne filólogo Max Muller, “ha suministrado la mayor parte del Diccionario á casi todas las naciones civilizadas del globo. Palabras empleadas en remota antigüe-

“dad por pastores italianos, son usadas hoy por los
 “hombres de Estado de Inglaterra, por los poetas de
 “Francia, por los filósofos de Alemania; y el débil eco
 “de esas conversaciones de la campiña romana puede
 “ser oído en el Senado de Washington, en la Catedral
 “de Calcutta y en las cabañas de la Nueva Zelandia.”

No obstante que es imposible negar la importancia filológica de esta lengua, se ha dicho que considerados el latín y el griego únicamente desde el punto de vista de la Filología, son menos interesantes que más de una jerga salvaje cuyo nombre es casi desconocido. (M. Sidwick citado por Bain.) No me toca exponer en qué sentido se ha dicho lo anterior, porque no entra en mis miras estudiar la influencia filológica del latín, si no es con relación al castellano; pero la Gramática monumental de las lenguas indo-europeas por Francisco Bopp y la de las lenguas romances por el insigne sabio Federico Diez, bastan para poner de resalto la importancia del latín desde el punto de vista de la Filología.

Sin detenerme, pues, en este aspecto de la cuestión, examinaré cuál es el papel que le toca desempeñar en la formación, crecimiento y progreso de la lengua castellana.

Empleando una metáfora bastante propia, se ha dicho que las lenguas romances, entre las cuales se cuenta la nuestra, son hijas del latín, puesto que de él proceden; pero quizá pudiera decirse que son el latín mismo transformado; mas ya se acepte uno ú otro concepto, lo que no puede negarse es su dependencia del

bajo latín en los primeros días de su existencia y del latín literario en su estado actual.

Plena confirmación nos ofrece de esta verdad el castellano que necesita de la lengua latina para exponer la etimología de las cuatro quintas partes de sus voces, que de ese mismo idioma recibe sus elementos constitutivos y sus leyes morfológicas; que á sus preceptos se atiende para escribir y pronunciar gran número de palabras y que obedece en muchos de sus giros y construcciones á la sintaxis de la lengua madre.

La etimología de la palabra no sólo descubre muchas veces el significado de ella, sino el de cada uno de sus elementos: si descomponemos, por ejemplo, la voz *amábamos* en sus elementos radical, temporal y personal, veremos cómo cada uno de ellos resulta ser una voz significativa: *am* connota la acción del verbo; *aba* fija la época de la acción y *mos* denota el sujeto que la ejecuta.

Guiados por la ciencia etimológica, sabemos que la flexión personal *mos* de nuestros verbos es igual á la terminación latina *mus* de la primera persona de plural; ésta es igual á la griega *men*, antiguamente *mes*, la cual á su vez es igual al sánscrito *mas*.

Y sea que se adopte la explicación que da Bopp del origen de esta última desinencia, ó bien se prefiera la que propone Pott, siempre habrá que ver en este elemento del verbo una raíz pronominal que tiene el mismo valor que el pronombre *nosotros*.

Sirva este ejemplo para demostrar cómo los estudios etimológicos llevan la luz aun á los elementos más tenues de la palabra, descubriendo no sólo el sig-

nificado de las sílabas, sino también el de las letras, descubrimiento de todo punto necesario para establecer ecuaciones perfectas entre las palabras y las ideas, en lo cual consiste la propiedad del lenguaje. (a). Con gran fuerza de expresión significa esto mismo S. Ildefonso de Sevilla, el cual dice:

“Nam quum videris unde ortum est momen, citius vim intelligis. Omnis enim rei inspectio, etymologiá cognitá, planior est.”

Quien así adquiriera un conocimiento tan profundo, como minucioso del valor ideológico de las palabras y de cada uno de sus elementos, deslindará la sinonimia de las voces, y al mismo tiempo que haga de ellas cumplido análisis, podrá formar síntesis perfectas, combinando convenientemente sus elementos, para formar con ellos voces nuevas que correspondan á ideas y á objetos nuevos.

Espontáneamente se infiere de aquí, cuán necesario sea el conocimiento de la lengua latina, ya para analizar la estructura íntima de las palabras castellanas existentes, ya para formar las nuevas que se fueren necesitando. ¿Y valdrá tan poco la morfología de la propia lengua, que se haya de prescindir de ella, sólo por no ir á buscar en otro idioma sus elementos constitutivos? Es por ventura cosa tan baladí el conocimiento de su origen inmediato, que nos sea lícito renunciar á descubrirlo, aun cuando lo tengamos al alcance de nuestra mano? Como vamos á ver, la morfo-

(a) Lo dicho sobre la etimología de la primera persona de plural, lo he tomado de mi opúsculo intitulado “Estudio sobre los Oficios ideológicos y gramaticales del verbo.”

logía tiene estrechísima conexión con la prosodia y la ortografía, de suerte que al prescindir de ella tenemos que resignarnos á ignorar las otras dos.

El estudio comparativo del latín y del español pone á nuestra vista las leyes de transformación á que se han sujetado las palabras, sílabas y letras latinas al entrar á formar parte de nuestro idioma. Conforme á estas leyes, al mudarse las letras consonantes, se convierten en sus afines suaves; y así la *p* se transforma en *b*; la *c* en *g*, y la *t* en *d*. De *sapore*, *dico* y *catena* han salido *sabor*, *digo* y *cadena*.

Según otra ley, *é ó* acentuadas, se convierten respectivamente en los diptongos *ie*, *ue*, y así de *certo*, *fel* y *mel* resultan *cierto*, *fiel* y *miel*, y de *sorte*, *morte* y *fonte* nacen *suerte*, *muerte* y *fuelle*. Esta ley rige aun dentro del castellano, y explica la irregularidad de los verbos que llevan los diptongos *ie* y *ue* en las tres personas del singular y en la tercera del plural de los presentes de indicativo y subjuntivo, como *acertar* que tiene en el presente de indicativo las personas irregulares *acierto*, *aciertas*, *acierta* y *aciertan*, en las cuales se ha transformado en *ie* la *é* acentuada de las formas hipotéticas regulares *acérto*, *acértas*, *acérta*, *acértan*. De la misma suerte en lugar de las formas regulares *asólo*, *asólas*, *asóla* y *asólan* tenemos las irregulares *asuelo*, *asuelas*, *asuela* y *asuelan*, convertida la *ó* acentuada en el diptongo *ue*.

Vice versa los diptongos *ie*, *ue* acentuados en la voz primitiva, en la derivada se condensan en las vocales *e* o *o* átonas, según podemos advertirlo en las palabras

cielo, tierra, bueno, ardiente, que dan los derivados *celestes, terreno, bonísimo y ardentísimo*.

Salta luego á la vista cómo es indispensable el conocimiento de muchas leyes de transformación para el recto uso de las letras, parte importantísima de la ortografía. Según esas leyes la *p* latina se convierte en *b*; *f* latina inicial en *h*; *li* medial y *x* medial en *j*; como se observa en las palabras *saber, hijo, mujer, eje*, provenientes de *sapere, filio, muliere y axe*.

Los verbales en *ción* procedentes de supino en *tum* piden *c*, y exigen *s* los que vienen de supino en *sum*; así se explica satisfactoriamente la ortografía que se sigue, al escribir con *c* las palabras *inscripción y prohibición*, que hay que referir á los supinos *inscriptum y prohibitum*; mientras que *extensión y propensión* llevan *s*, por tenerla los supinos *extensum y propensum*.

No depende menos el castellano del latín en la colocación del acento prosódico, que por regla general descansa en la misma sílaba en que lo lleva la voz latina primitiva. Así se verifica en los nombres derivados de nominativos latinos de la primera declinación ó del ablativo de las otras cuatro: sirvan de ejemplo las voces *rosa, estatua, sueño, labor, honor, cadáver, serie y especie*, que como es notorio se derivan de *rosa, statua, somno, labore, honore, cadavere, serie y specie*: también se advierte la persistencia del acento latino en los superlativos orgánicos en *ísimo* y en *érrimo* que son sin excepción esdrújulos, como *bonísimo y libérrimo*. Como caso excepcional hay que hacer constar la desviación del acento latino en las personas del singular y en las terceras del plural de los presentes de indi-

cativo y subjuntivo pertenecientes á ciertos verbos, como *índico, ímpero, éxplico*, etc., que son esdrújulos en latín y graves en castellano. Pero estos casos excepcionales no infirman la ley general, que es de tanta utilidad para fijar la verdadera pronunciación de no pocas voces que corren mal acentuadas en los labios de casi todos; tales son *opimo, poliglota, metamorfosis, telegrama, paralelogramo* y otros más que indebidamente se hacen esdrújulos entre nosotros. Como muchas palabras nos han venido del griego por conducto del latín, es conveniente notar que en español no prevalece respecto de estas voces la prosodia griega, sino la latina; y así aunque *metamorfosis* tenga por origen mediato una voz griega proparóxitona, es palabra grave, lo mismo que en la lengua latina de donde procede inmediatamente.

El cotejo de una y otra sintaxis nos descubre, al lado de profundas diferencias, muchas y muy trascendentes semejanzas. Y así aun cuando nuestra sintaxis no tenga tanta libertad como la de la lengua madre, se aproxima mucho á su hipérbaton, al cual sigue más de cerca que el francés, mayormente en las construcciones consentidas á los poetas. Sirva de ejemplo la trasposición del antecedente pospuesto á su relativo en los siguientes conocidísimos versos:

Estos, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,

ó en estos otros:

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa.

Un giro semejante se advierte en las siguientes frases de Cicerón:

In Hortensio memoria fuit tanta ut QUÆ secum commentatus esset, EA sine scripto verbis eisdem redderet: conforme al orden regular se habría dicho *ut ea quæ secum, etc.*

Del latín también hemos tomado el uso del relativo en las oraciones finales afirmativas y de la partícula *no* en las negativas; á él debemos el uso de algunas preposiciones, como partículas anunciativas; á él, asimismo, no pocas concordancias, regímenes y construcciones, que no especifico por no convertir este discurso en una disertación gramatical.

Se ve, pues, con toda claridad, que si el latín fuera condenado á perpetuo olvido, quedaría cegada la fuente de donde nuestra lengua ha tomado sus construcciones más elegantes y sus más bellas formas.

Quien no conozca á nuestros escritores clásicos antiguos y modernos, podrá convencerse de esta verdad con sólo leer detenidamente la admirable gramática latina de los Sres. Caro y Cuervo, en la cual hacen tan insignes filólogos un estudio comparativo del latín y el castellano sumamente útil por sus muchas y luminosas enseñanzas. De todo lo expuesto se colige que el estudio de la literatura y lengua latinas, no sólo es provechoso, sino necesario para el conocimiento del idioma castellano. Sin ese antecedente histórico tan importante, ignoraríamos la procedencia de la inmensa mayoría de nuestras voces; no sabríamos cómo el bajo latín se transformó en romance; cómo ya en el siglo once aparecen en varios documentos juntamente con palabras

y construcciones latinas viciosas y desfiguradas, las primeras voces y frases del romance castellano; hoy mismo no sabríamos escribir ni pronunciar gran número de dicciones de ortografía y pronunciación dudosas, y nos veríamos privados de numerosas construcciones sintácticas.

No hay ni sombra de hipérbole al asegurar que no pocas reglas gramaticales tomamos directamente del latín, y que otras muchas tienen en esta lengua cumplida explicación, sin la cual serían empíricas y arbitrarias.

No se me esconde que al nacer nuestro idioma no estuvo en contacto con el latín literario que es el que se enseña en nuestras escuelas, sino con el bajo latín; y que sería excesiva exigencia pedir que se estableciesen cátedras para dar á conocer la lengua latina en su último período, en las postrimerías de su dilatada y gloriosa vida.

Pero si es verdad que coexiste la última forma de la lengua del Lacio con la primera de la lengua de Castilla, y que se confunden en un solo grito el estertor de la agonía del padre con los primeros vagidos del hijo, no es menos cierto que tampoco hay que enseñar en nuestras aulas el romance que se habla en el poema de Alejandro, sino una lengua literaria ya formada que ha estado y está en inmediato contacto con el latín áureo del siglo de Augusto; porque de ese latín y de su gramática hemos tomado una gran parte de las riquezas literarias y de las excelencias gramaticales de nuestra lengua. No son giros del latín férreo las reminiscencias virgilianas que están á la vista en estos versos de Fr. Luis de León: